

RECUERDOS

REMEMBRANZAS SOBRE JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO*

1. ENTREVISTA A GUILLERMO LOHMANN VILLENA

BIRA: Nos agradecería saber, doctor Lohmann cómo conoció a don José de la Riva-Agüero y Osma.

GLV: Mi memoria más antigua de Riva-Agüero se remonta a la época en que estaba por concluir mis estudios en el Colegio Alemán, y se refiere a su conferencia sobre Goethe, en la Sociedad "Entre Nous", en marzo de 1932. En parte por mi atavismo germánico, y en el reducido ambiente cultural de Lima, que no tenía la multiplicidad de ofertas de la actualidad, la perspectiva de un discurso de Riva-Agüero constituía un verdadero acontecimiento intelectual. En cierta medida, era la reaparición de Riva-Agüero en su dialecto medio académico. Sin embargo, mi relación personal se estableció en febrero de 1933, con ocasión del ciclo de conferencias organizado en el centenario del nacimiento de Palma. Al terminar la disertación de Jorge Guillermo Leguía (a la que siguió una improvisación complementaria del mismo Riva-Agüero), al acercarme a saludar al conferenciante, que había sido mi profesor de Historia de América, tuve el honor de ser presentado a Riva-Agüero, aunque la verdad es que todo se limitó a un respetuoso saludo.

Sólo tiempo más tarde, cuando escuchamos los magistrales discursos académicos sobre Lope de Vega y Cervantes, nos decidimos Jorge Villarán Pasquel, Jorge Eduardo Zevallos y Quiñones y yo a gestionar por intermedio de su secretario, Indacochea, que nos recibiera en privado. La visita se realizó en su casona chorrillana, a la que volví en posteriores oportunidades. Tampoco olvido sus generosas invitaciones a las comidas de etiqueta que ofreció en el Club Nacional a los delegados de la España nacionalista (Mourlane Michelena, Valls Taberner, Ibañez Martín y Eugenio Montes), así como a José María Pernán y Manuel de Góngora.

Envuelto en la política activa, pocas oportunidades hubo por cierto para departir con él, pero no desperdiqué oportunidad para disfrutar de su magisterio, como simple oyente, en el curso que ofreció en 1937 en la Universidad Católica, titulado "Civilización tradicional peruana". Lamentablemente, de las veinticinco lecciones de que constaba el programa, apenas alcanzó a abordar las dos primeras, desarrolladas a su vez en catorce y recogidas en la *Revista de la Universidad* y en una tirada aparte.

BIRA: Nos agradecería conocer el lado humano de Riva-Agüero más allá de su faceta pública y académica.

GLV: Bien se comprende que sería vanidad pueril la mía presumir de haber dialogado con Riva-Agüero, pues me limitaba a escuchar absorto su conversación con otros interlocutores, admirando su erudición, su memoria y en no escasa medida su sentido del humor, que no solían captar a veces sus oyentes. A pesar del transcurso de los años tengo todavía presente una conversación de sobremesa tras una cena en Chorrillos, en que estableció un paralelo entre la política y los políticos criollos de aquel entonces -finales de la década del treinta- con sus símiles del imperio bizantino en su período decadente. Quedé pasmado por la exactitud de la comparación y el tono de ironía y aun de regocijo con que establecía identidades hasta en lo físico de los personajes.

BIRA: ¿Qué papel cumplió Riva-Agüero en el debate intelectual que opuso a hispanistas con indigenistas entre los años treinta y cuarenta?

GLV: En la controversia hispanismo-indigenismo, suscitada por los sectores intelectuales de vanguardia o inficionados de marxismo que florecieron hacia finales de la tercera década de este siglo, cuyos agentes más conspicuos fueron Luis E. Valcárcel, Uriel García, José Gabriel Cossio, José Carlos Mariátegui, su vocero la revista *Amauta* y su expresión pictórica la escuela encabezada por Sabogal, asumió Riva-Agüero -ciertamente no por su espíritu polémico, sino por elemental ponderación de los valores cuestionados- una actitud que no logró ser comprendida por quienes olvidaron deliberadamente que mientras los decantados apologistas del acervo autóctono se habían limitado a exaltaciones líricas, Riva-Agüero, en sus *Paisajes andinos* se había adelantado a tomar contacto con la entraña del país.

BIRA: ¿Frecuentó a algún miembro de la generación del novecientos?

GLV: Como por mi carácter personal y la índole absorbente de mi afición a la Historia no he frecuentado tertulias ni alternado con los miembros prominentes de la generación del 900, mal podría determinar hasta qué punto pudieron considerar a Riva-Agüero como su guía, pero en cuanto a su papel con relación a sus coetáneos me remito a la entrevista que concedió a Alfonso Tealdo (publicada en *Turismo*, número 62, de julio de 1941, de la cual conservo la versión corregida).

BIRA: ¿Cómo aprecia la obra histórica de Riva-Agüero cincuenta años después?

GLV: Es incuestionable que la obra histórica de Riva-Agüero se resiente del paso de los años. Nuevos hallazgos documentales, nuevas perspectivas, nuevos elementos de juicio evidentemente gravitan sobre ella, pero nadie puede desconocer que subsisten lozanos su espíritu patriótico y su sentido integrador del pasado peruano como mensaje para las generaciones venideras.

BIRA: A pesar de ser considerado un erudito, Riva-Agüero no fue visto como un asiduo investigador de archivos. ¿Era posible hacer un riguroso trabajo de archivos en el Perú de los años treinta?

GLV: Es injusto descalificar la obra de Riva-Agüero por su ausencia de aparato documental procedente de la cantera de los archivos. Tampoco Menéndez Pelayo frecuentó los archivos, sin que ello reste un ápice al valor de sus juicios. Creo que en Riva-Agüero no puede hablarse de desdén o incompreensión hacia las fuentes manuscritas, sino una consecuencia de su acentuada miopía, proveniente de su afán por la lectura desde sus años infantiles, en que según una tradición familiar, encerrado en habitaciones sin alumbrado, leía con la escasa luz que se filtraba debajo de la puerta. Esa molestia visual hizo que tuviera que recurrir a escuchar la lectura que le hacían asistentes (uno de ellos fue el doctor Manuel Beltroy), y en prueba de que a pesar de tal limitación indagó en la colección Muñoz (véase el prólogo a la *Audiencia de Lima* de Levillier) y en el Archivo Vaticano y en el de Indias; por añadidura incorporaba a sus trabajos los datos de las fuentes manuscritas que le facilitaba el norteamericano Bertram Lee.

BIRA: ¿Podría explicarnos lo que usted entiende por el sentido monitorio de la Historia en Riva-Agüero?

GLV: En Riva-Agüero el estudio de Historia constituía una especie de experiencia proyectada hacia lo futuro, dentro de los cánones clásicos de la concepción didáctica o pragmática y ajustada a la continuidad indivisible de la patria.

BIRA: ¿Se mantuvo en contacto con Riva-Agüero en los últimos años de su vida?

GLV: Conservo correspondencia de Riva-Agüero interesándose por viejas relaciones con La Rioja y antiguos patronos, heredados de antiguos vínculos familiares.

BIRA: Nos agradecería conocer sus juicios referidos a la importancia de Riva-Agüero en el devenir social, político y cultural del Perú del siglo XX.

GLV: Cuando en 1961 se me solicitó en España una semblanza de Riva-Agüero, no dudé en afirmar lo siguiente: "Durante casi medio siglo, Riva-Agüero ha sido el más alto y fulgente luminar de la cultura peruana. Ejerció su magisterio por acción directa o suscitando la controversia, de suerte que también alcanzó su influjo a quienes lo combatieron o militaban en campos extraños. Al prestigio de su estirpe, en la que se fundían linajes de conquistadores y prohombres de la época de la dominación española, agregó él notas intelectuales y morales de índole personal, su figura adquirió relieves excepcionales. Su conocimiento total del pasado peruano, su sensibilidad para evocarlo minuciosamente, el empaque de su apostura y la gravedad de su aire personal, su dominio del idioma y su capacidad de expresión verbal, su arte insuperado para establecer comparaciones entre épocas, ideas y personajes, su borbollante erudición en cuestiones históricas y literarias y el culto por las virtudes de la hidalguía, en suma, le colocaron sobre ese pedestal de ejemplaridad que sólo alcanzaron patriarcas como Menéndez Pelayo, Goethe o Chateaubriand y desde el cual, como verdadero príncipe, señoreó durante largos lustros sobre sus contemporáneos en el Perú".

2. ENTREVISTA A JORGE ZEVALLOS QUIÑONES

BIRA: Doctor Zevallos Quiñones quisieramos que nos relatase las circunstancias en que conoció usted a don José de la Riva-Agüero y Osma.

JZQ: A Riva-Agüero lo conocía de lejos por sus maravillosos discursos, sus escritos en los periódicos y su producción académica. Estaba yo muy joven y no tenía acceso a personajes tan importantes. Más cercanamente, lo conocí en ocasión de graduarme como doctor en Historia. Entonces don José vino insólitamente a presidir mi grado. Me pareció un gesto extraordinario. Esto ocurrió en la casa de la Recoleta, casona de la que guardo maravillosos recuerdos. Ciertamente, nos habíamos visto una tarde, muchísimo antes de mi grado, en el centro Fides. En unos altos que luego ocuparía Winternitz a unos pasos de la Universidad. Éramos un grupo de jóvenes los que asistíamos a esas reuniones. Allí conocí a mucha gente, entre ellos a José de la Riva-Agüero, pero como repito de lejos. Donde lo conocí de cerca fue en mi grado que él presidió. Después ya frecuenté más a don José. Él realizaba unas comidas en el Hotel Bolívar, reunía a gente interesante y a jóvenes intelectuales, todos interesados en la Historia. Ellos no eran de cualquier capilla, sino eran sus amigos como el doctor Carvallo, Raúl Porras, Honorio Delgado, entre otros. Creo que esta mixtura entre sus amigos y estudiosos, y la razón de dichas comidas, obedecía a que se sentía muy solo. Fijese, muchos miembros de su generación, que lo llamaban

"Pepe", se habían apartado del Perú. La generación siguiente, la del conversatorio universitario, era un poco iconoclasta. Entonces por esas razones, pienso yo, se sentía solo. Con Raúl Porras fue una excepción, puesto que él coincidía con don José en ciertos campos, sobre todo en la temática histórica. Véalo históricamente, ¿qué produjo la generación del intermedio leguista, que no es su generación, ni tampoco la del conversatorio? Según lo que parece produce sobre todo en sus tipos interesantes: banqueros. Y don José era lo más anti-burgués del mundo. Todo el mundo lo estimaba pero era un hombre que se sentió solo. Más aún cuando se cayó su casona de Chorrillos y tuvo que desplazarse hasta el hotel Bolívar. En este lugar, él que era maestro innato, realizó comidas que se convirtieron en verdaderas tertulias, principalmente de temas históricos. Frecuentaron éstas muchos jóvenes como Jorge Alayza Grundy, Guillermo Lohmann, Jorge Villarán Pasquel, Ruiz de Castilla, ayacuchano muy interesado en cuestiones históricas. Periódicamente nos invitaba conjuntamente con unas personas mayores. Los jóvenes podían ir y tomar notas. Don José explicaba algunas cosas y les decía a los jóvenes: ¡apunte usted, apunte, éso es importante! Tomé algunos apuntes, pero sólo pude recogerle las tres últimas conversaciones. Así aprendíamos, en estas comidas que eran verdaderas tertulias académicas. En esas reuniones don José exponía su enorme erudición. Guillermo Swayne Mendoza, alguna vez, con un cierto aire de broma sacó un *Diccionario Larousse* y empezó a preguntarle insistentemente a don José sobre variados temas y episodios históricos. Don José, también con ese aire de broma, contestó correctamente y con una erudición abrumadora. Todos salimos maravillados. Así, conversando, aprendíamos sobre aspectos muy variados, como el ingreso de los emperadores comenos a Constantinopla. Probablemente no era un especialista en historia universal, como Cesare Cantú, pero su cultura era abrumadora. Así empecé a frecuentar a don José.

BIRA: ¿Qué semblanza personal trazaría de Riva-Agüero?

JZQ: Hay sobre él algunas imágenes distorsionadas. Por ejemplo, para su época, filo-marxista, populista y nacionalista, Riva-Agüero fue visto, por un sector, como un elemento conflictivo. Pero ésta era la opinión de un grupo, una masa pseudo-intelectual que se burlaba de todo el mundo. Esa visión no es correcta y debo añadir que fuera de ellos no he escuchado o leído opinión similar. Don José, como correspondía a un gran señor, no me comentaba aspectos personales. Hay por eso un gran vacío y sólo conocemos al académico notable. Pero eso no nos impide apreciar algunas de sus facetas que lo presentan como un hombre generoso y muy cristiano. Él era un maestro, un maestro de vida. Era un maestro, por su vida, su dedicación y su ejemplo. Era un hombre muy generoso, sobre

todo con los *pobres vergonzantes*, aquellas personas que a pesar de vivir en condiciones difíciles se resistían a pedir dinero. Él brindaba gran ayuda a muchísima gente, pero discretamente, como era su estilo. También a gente de muy modesta condición económica. Muchas de esas personas le rindieron un especial tributo durante su velatorio. Recuerdo que aparecieron como a las dos o tres de la mañana y rezaron con gran fe, sin duda, fueron personas muy agradecidas. Don José tuvo ese lado humano y desarrolló esa obra social que muy pocos conocen.

Debo indicar que don José recibió una esmerada formación cristiana y católica. Nació en el centro de un hogar eminentemente católico. En su juventud, y por influencia universitaria, tuvo un acercamiento a nuevas filosofías y se apartó, aparentemente, de sus creencias religiosas. Sin embargo, a su retorno de Europa, donde frecuentó a las élites sociales e intelectuales, vino con un catolicismo enriquecido. Fue un católico ejemplar. Se preocupó, además, por los aspectos teológicos y doctrinarios. Fue en Europa donde se puso en contacto con la literatura teológica más reciente. Tengo la sospecha que allá frecuentó círculos teológicos. Lo cierto es que vino con una gran fe y un profundo conocimiento en los asuntos doctrinarios del catolicismo.

BIRA: Quisiéramos ingresar al campo de la Historia como tema y disciplina de estudios en Riva-Agüero.

JZQ: En esa época se consideraba que el sujeto principal de la Historia era el hecho histórico. De allí la importancia de las fechas y los datos exactos de ciertas circunstancias fundamentales. Este era un pensamiento muy generalizado, los grandes historiadores pensaban de esa forma y con esa idea escribían sus libros. Mucho tiempo después este concepto empezó a cambiar. Es posible que Riva-Agüero haya considerado que el sujeto histórico era el hecho histórico y que por ello enfatice sus estudios por ese lado. Ahora, él consultó muchos repositorios; solicitaba la expedición de copias que iban a ser de interés en sus investigaciones. Él empezó a hacer historia colonial en una época que ésta era todavía un tabú. En efecto, era un tabú escribir sobre temas hispánicos, prejuicio de origen decimonónico. Este duró, por lo menos, hasta los primeros años de este siglo. Riva-Agüero tenía un gran manejo de la bibliografía. Claro, probablemente desconocía ciertas rarezas, pero es importante apreciar su trabajo en las condiciones intelectuales de las primeras décadas de este siglo. Una cosa que es importante mencionar es su uso de múltiples fuentes. Él conocía profundamente costumbres y comportamientos, sobre todo de las clases directoras. Estos conocimientos tenían una clara procedencia familiar, eran

recuerdos que él había escuchado de niño. También procedían de sus conversaciones con viejos eruditos como Pablo Patrón y Ricardo Palma.

No podemos negar la presencia de Riva-Agüero en la cultura peruana. Me parece un hombre excepcional. Es el tipo de personajes que aparecen luego de mucho tiempo, cada uno o dos siglos. Esta opinión no está basada solamente en el respeto intelectual. Fue un hombre de vasta cultura y firmes principios. Es sin duda uno de los hombres más representativos de nuestra cultura. □

Nota

- * *Entrevistas realizadas por Renzo Honores Gonzales - Instituto Riva-Agüero*